

razno, *El pan de jarabe*, *El pan de manteca*, etcétera. Es notable cómo algunas de estas piezas clásicas y tradicionales nacieron en los barrios de Puebla: El alto, Analco, La luz, El parían y San Sebastián, desde el último tercio del siglo XVIII, donde las cofradías de artesanos, panaderos, comerciantes y fonderos participaron de esta actividad.

Pero no solamente los productos alimentarios formaron parte de esta conjunción “musical-cotidiana”. También intervinieron aspectos religiosos, nombres de aves (pericos y pericas), de implementos o de reacciones coloquiales del lenguaje popular vigentes aún hoy, como el caso del antiquísimo *Son del durazno*: “Me he de comer un durazno / desde la ‘raíz’ hasta el hueso”.

### *De los sonecitos al pan de jarabe*

Esta expresión musical de origen árabe, tanto en el aspecto danzario como por el contenido del vocablo, llegó a América poco después de la Conquista y sin embargo, de los jarabes antiguos (incluyendo el siglo XVII) no existe más huella fidedigna que los procesos entablados por el Santo Oficio contra copleros y bailadores de estos fandangos.

Dada la evolución del mestizaje en todos los sentidos, especialmente en el aspecto gastronómico, entre las guildas y cofradías de panaderos en la zona oriente, Puebla y Tlaxcala, los primeros jarabes nacieron en el entorno de las fiestas patronales de estos lugares.

La siguiente cuarteta fue prototipo clásico de los copleros del jarabe del Altiplano y se sitúa casi al final del siglo XVIII entre los panaderos del entorno de la parroquia de San Sebastián, de la ciudad de Puebla, dando lugar esta misma letra a que al baile se le llamara “Pan de jarabe”, nombre que desde 1766 se aplicaba al que fuera uno de los bailes populares más difundidos en todo el país y, por supuesto, perseguidos por la temida Inquisición.